

“La ciudad y la historia”

Escribe: RAMIRO CARRANZA

La importancia del libro que comentamos, está en que sigue con espíritu crítico, cada paso dado por el hombre en la creación de la ciudad. Con ello, al lector va haciendo conciencia de una circunstancia en la cual vive desde su nacimiento y que en muchos aspectos ha considerado tan natural —fatal o obvia— como la salida del sol todas las mañanas o la forma de sus manos. L. Mumford estudia el “por qué” de cada fenómeno ciudadano; hay razones, en el fondo principios, para que, por ejemplo las manzanas sean cuadradas y no redondas o triangulares, aparte del problema de técnica urbanística cuyas soluciones muchas veces no son aceptadas por la ciudad; hay una intención, un designio sobre la ciudad, cuando se eleva un edificio comercial sobre la cruz que remata la torre de una iglesia; hay razones para agrupar el poder político y religioso en el marco de una plaza. Cada fenómeno ciudadano aparece gracias a la actividad del hombre-ciudadano, a la actividad de varios, generalmente de miles de hombres que conviven sujetos al orden propio de la ciudad. Por esto los fenómenos ciudadanos nunca

son manifestación de un solo hombre sino de un poder, de fuerzas sociales unitivas que se manifiestan; así es como la historia de la ciudad queda impresa en su aspecto, los edificios son símbolo de los propósitos de la comunidad y ello no deja de ser cierto porque nos lo proponemos o se olvide.

“Todo medio humano es hasta cierto punto obra del hombre”, “la ciudad como cualquier otro medio es un factor que condiciona, más que determina”, estas dos afirmaciones han sido sacadas del libro *Sociología urbana* de Ernest Berge; de ellas resulta el planteamiento de los dos puntos básicos del problema de la ciudad; la ciudad y el ciudadano no son inseparables, son parte de la misma organización. L. Mumford cita la siguiente observación del sabio estudioso de las culturas primitivas Robert Redfield, “La reelaboración del hombre fue obra de la ciudad”, cosa que según L. Mumford es una de sus principales funciones. Con esto nos encontramos ante un planteamiento que amenaza encerrarnos en un círculo vicioso: El ciudadano hace la ciudad y esta a su vez lo condi-

cional, lo forma, pero esto concluye en un fenómeno unitivo previo y resultado de la integración habitante-ciudad que es la historia. De ella resulta la circunstancia que condiciona al habitante y se le enfrenta o es materia de su acción. Por ello la preocupación por la forma de la ciudad es básicamente una preocupación educativa referida a los habitantes del presente y del futuro.

La ciudad, no solo es un conjunto de casas y calles, esto es un escenario necesario en el cual se desarrolla la vida ciudadana que sustancialmente es diálogo. Así se explica el por qué la cultura en las ciudades ha tenido culminación en el diálogo, como en "el Banquete" de Platón Atenas, en el teatro de Shakespeare la Londres Isabelina, y puede añadirse en la "Tragicomedia de Calisto y Melibea" la floreciente vida universitaria de la de Salamanca. Los hombres se han reunido, no solo para intercambiar productos fabriles o agrícolas, o para protegerse mutuamente, sino para entablar un diálogo que será en la aldea monótono y repetición durante milenios de lo mismo; y en la ciudad dramático, lucha verbal para perfeccionar y enriquecer el espíritu de los contendores y los espectadores. Al diálogo ciudadano no se debe vedar ningún campo ni en él se debe callar a nadie: todo lo contrario, suscitar la réplica, alentar el espíritu crítico, afrontar la palabra libre de los ciudadanos, que si hoy debido a la extensión e inmensa población de las ciudades no se podrían reunir todos los días en una plaza, sí pueden estar todos al alcance de la voz crítica y tener todos un medio para hacerse oír en la pantalla de la televisión, en el aparato de ra-

dio, en las páginas de los periódicos que son, y ello explica su influencia, el "Agora" de nuestros tiempos. Pero estos fantásticos medios de diálogo, señala L. Mumford, pueden convertirse en el vehículo de un nuevo despotismo cuando sus espacios se cierran al opositor y al hombre que carece de medios suficientes para comprarlos, entonces por divulgar una sola opinión dejarán de cumplir su misión dialogal *dictando* ideas en vez de "exponerlas", pretendiendo tener la verdad y no solamente un parecer; con ello el ciudadano común, allí de donde debería recibir los elementos para formarse un criterio propio, encontrará un *dictado* un discutido ante el cual, por sus propias limitaciones, es impotente. "El símbolo más revelador del fracaso de la ciudad, dice magistralmente L. Mumford, de su misma inexistencia como personalidad social, es la ausencia de diálogo, que no es necesariamente un silencio sino el ruido igualmente fuerte, que hace un coro que pronuncia las mismas palabras con un conformismo acobardado por más que sea complaciente. El silencio de una ciudad muerta tiene más dignidad que las vocalizaciones de una comunidad que desconoce tanto el desapego como la oposición dialéctica, tanto el comentario irónico como la disparidad estimulante, tanto un conflicto inteligente como una activa resolución moral. Un drama así está condenado a tener un fatídico final".

Nosotros vivimos en una ciudad que comienza a volverse, tal y como hoy se entiende, una "gran ciudad". Por ello debemos estar vigilantes sobre su desarrollo y pocos libros como el comentado podrán facilitarnos una serie de criterios con los que podamos consciente-

mente afrontar este problema. El camino que empieza a recorrer Bogotá hace mucho tiempo fue iniciado por las grandes ciudades norteamericanas —no añado europeas— porque nosotros carecemos de la orientación y la claridad que sobre esta cuestión proyectan 2.000

años de historia, y por ellas es posible que sepamos a donde nos ha de llevar; en esto está en juego buena parte de nuestro “bien vivir” y se puede afirmar que la solución del problema de las ciudades es la clave de la historia actual del país.